BIBLIOTECA NACIONAL
DE SANTIAGO DE CHILE
COLLECTIO MEDINENSIS

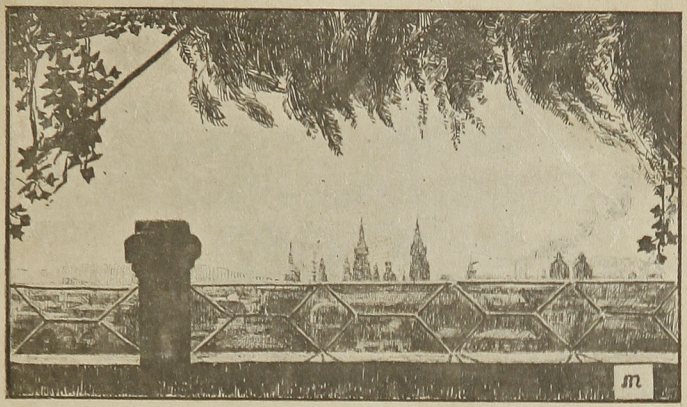
PIOA 2

TABLA EN QVE SE ENCVENTRA 67

VALVMENES DE ESTA OBRA .....

NVMERO DEL VOLVMEN 8

p. 1 AAD7976 <76525>
p. 2 AAD7974 <76523>



Juana Inés de la Cruz

HORAS de SOL

PRÓLOGO DE

Manuel Magallanes Moure

1915

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO DE CHILE
COLLECTIO MEDINENSIS

Pieza
TABLA EN QVE SE ENCVENTRA
VALVMENES DE ESTA OBRA
NVMERO DEL VOLVMEN

AAD7976

Juana Inés de la Cruz

Horas de Sol

(PROSAS BREVES)

"Inquiere donde haya un corazón, pues solo una cosa precisa buscar en esta vida y esa cosa es El Corazón."

AUGUSTO D'HALMAR

◇ ◇ ◇

IMPRENTA Y ENCUADERNACION NEW YORK
Calle Claras 161
SANTIAGO DE CHILE

OBRAS DE LA AUTORA

PUBLICADAS

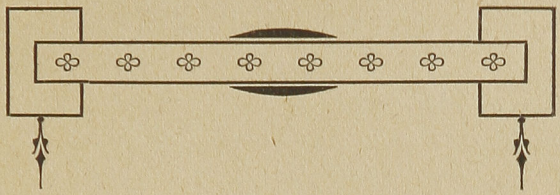
Lo que me dijo el Silencio.—Poesías, 1915.

EN PREPARACION

Urna de Cristal.—Poesías.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

HORAS DE SOL



Dedicatoria

Cuando los primeros dolores, semejantes a la llovizna fina pero empapadora que cubre los campos, habían caído sobre mí, tu sombra, confundida con las sombras de la noche, se irguió encarnándose en una forma real.

Y ante ti confesé con orgullo lo que se ocultaba en la torre de marfil en que me había colocado una ciega obstinación.

Hoy, que el temor a los prejuicios nos tiene alejados, aherrojada como una princesa de le-

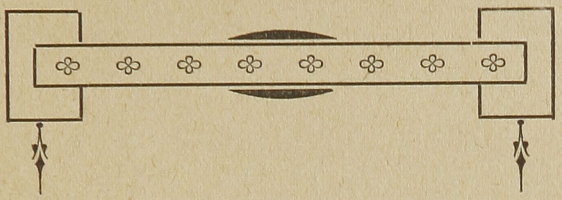
yenda, desde mi castillo encantado escribo versos y prosa saturada de resplandor de sol.

Y lo escribo todo para tí, para tí que amaste la revelación de mi alma de mujer a través de la mirada, antes de que se hubiera desdoblado dolorosamente entre estos fríos signos escritos.

J. J. de la T.

◇ ◇ ◇

Prólogo



He concluído de leer los originales de este libro, que palpita como un corazón, y heaquí que me vienen a la memoria estas palabras de mi última lectura italiana: *ed io mi persuasi subito che quella donna fosse una delle creature predilette dalla Natura.* (*)

Con curiosidad primeramente, luego con placer y con ternura de emoción, he sentido, mas que observado, cómo al soplo insistente

---

(*) Ugo Foscolo, Viaggio sentimentale di Yorick.)

de una verdadera vocación artística, las brumas del prejuicio, del falso pudor, del convencionalismo social, se rasgaban, se desvanecían, hasta dejarnos ver en su desnuda belleza, en su santa y conmovedora desnudez, el alma de esta niña excepcional, que nos habla del amor con mas confianza y mas pureza que las que seguramente pondrían otras de su edad en describir las faldas superpuestas de un traje a la moda.

En tanto que nuestra juventud femenina, tiranizada por el atavismo y la educación, languidece bajo el frío y pesado ropaje de los ángeles, que según costumbre antañona va pasando de madres a hijas; en tanto que las doncellas de nuestro país, apretadas hasta el ahogo por el ceñidor de una moral extrahumana y antinatural, se ven forzadas a disimular y a callar lo que sienten, sin dejar de sentirlo, y sintiéndolo acaso con mas acritud por cuanto están obligadas a guardarlo bien adentro de si mismas; en

tanto que nuestras jóvenes representan ante el mirar imperturbable de la vida la comedia de las virtudes aparentes, es decir, la comedia del cielo, una niña escapada del escenario a media luz, libre del disfraz angélico, que puede ser muy bonito y muy cándido, pero que al fin y al cabo es un disfraz, una niña toda ella, alza ante Dios sus brazos frágiles y en un grito de sinceridad le dice: «Voy hacia tí. La ofrenda de mi sér es pobre. Mis manos al elevarse quieren mostrarte algo de valor para pedirte gracia y sólo mi corazón ensangrentado elevan: un corazón sin voluntad, un corazón que no pudo vivir la vida de los hombres y se hincó la saeta venenosa del análisis, un corazón que luchó contra las malas interpretaciones, un corazón que sufrió el azote de las sonrisas imbéciles, un corazón humano con esencia divina.» («Ultima Plegaria»).

Un corazón. Ella lo dice.

Bella cosa es buscar un corazón hasta en-

contrarlo. Así lo asegura D'Halmar en el untuoso epígrafe de este libro. Pero, tengo para mí que, mas que hallar ese corazón buscado, precisa tener uno propio, y seguirlo adonde nos lleve, sin desobedecerlo, sin contrariarlo, sin jamás renegar de él. *Une seule loi vaut:*—dice Maurice Barrés—*celle que nous arrachons de notre coeur sincère.*

Y esa ley, la única que vale, es la que, como mujer y como artista, sigue Juana Inés de la Cruz, con una rara valentía moral.

Ya sé yo que tal sinceridad, que tal heroismo, habrán de atraer sobre la autora de HORAS DE SOL un enjambre irritado de juicios y de prejuicios. Se clavarán en ella los punzantes comentarios de ciertas gentes y la maltratarán; que algunas ideas preconcebidas, como algunas armas anticuadas, mas daño hacen cuanto mas enmohecidos tienen sus filos.

Y son temores estos que no carecen de base.

Habituados como estamos a que nuestras damas escritoras—salvas sean muy escasas excepciones—pongan su sensibilidad y su inteligencia al servicio de la iglesia, de la cocina o de la moda, con abstracción de otros asuntos que pueden ser para ellas, y para todos, mucho mas interesantes, y que lo son, a no dudarlo; acostumbrados a que la literatura femenina, la verdadera, la humana, la que es vida, sea huerto cerrado para las autoras solteras, y recinto sospechoso para las casadas jóvenes, y aún terreno algo compromitente para las matronas de larga experiencia y de prole numerosa, ¿no es de temer que a la aparición de este libro de amor y juventud, escrito por la juventud y el amor mismos, se llamen a escándalo todos esos encantados que duermen apaciblemente, que sueñan que les bajan de los hombros unas alas muy blancas y muy grandes, mientras ondulan con suavidad inefable los hilos que durante años y años te-

jiera sobre ellos la silenciosa y lenta araña de la rutina?

*
* *

Un amigo, mal poeta, pero—aunque parezca paradoja—admirador fervoroso de lo bueno que otros escriben, elogia hasta la exajeración el reciente libro de versos de Juana Inés de la Cruz.

Vocea mi amigo su entusiasmo; lo mima con el gesto, con la actitud, con el movimiento, y yo, que no siento por *Lo que me dijo el silencio* la admiración que otros han sentido, me limito a acompañar las inflamadas frases del bueno y mal poeta con una sonrisa interminable.

Como siempre que sonrío, tengo esta vez la desgracia de ser mal interpretado, y así me dice mi amigo:

—Crea usted que alabo a Juana Inés sin conocerla.

Y como sigo sonriendo, agrega:

—Ni quisiera conocerla tampoco. Porque una mujer literata...¡Debe de ser una calamidad!

Guardé la sonrisa para replicarle:

—Se equivoca usted. Juana Inés de la Cruz no es una literata.

Y él:

—Pero cómo! Una mujer que escribe, ¿no es una literata?

—No. En el sentido que usted, y como usted muchos, dan a la palabra «literata», Juana Inés no merece el título.

—¿La conoce usted?

—Hasta donde es posible conocer a una mujer expontánea.

—Luego...

—Lo dicho. No es una literata: es una artista.

Como mi amigo el poeta, pensarán, estoy cierto, todos aquellos que no conocen a la autora de HORAS DE SOL. Y como él, erra-

rían, si yo no estuviera alerta para decirles que Juana Inés de la Cruz se halla muy lejos de ser un *bas-bleu*, una marisabidilla, un ente de esos que por sus ridículos arrestos bien se merecen el regocijado papel que hacen en la vida y en la literatura.

No. Juana Inés no es eso.

Es...¿Cómo decirlo?

Antes que nada, una criatura encantadora; *luego*, una criatura...encantadora, siempre. No hay manera de decirlo de otro modo.

Una mujercita frágil, espigada, con graciosos arrebatos infantiles y ondulaciones algo lentas. Ojos negros, hondos. Ojos orientales. Ojos ante los que usted, poeta amigo, se echaría instintivamente hacia atrás, para no vacilar, para no caer, para no precipitarse en el abismo de ese mirar oscuro, que atrae, que atrae...Boca fresca, reidora. Manos pequeñas. Piés, como mirados con un anteojo invertido. Una monería de piés. En seguida, un espíritu de esos que llamamos

vivos y cuya presteza de comprensión está mejor definida en la palabra francesa *prime sautier*. Un espíritu que, por esa aspiración, tan humana, de querer ser lo que no somos ni seremos, ensaya actitudes de analista siendo todo lo contrario: un espíritu místico, modificado a cada instante por las presiones suaves o vigorosas de las sensaciones; un espíritu nube, que toma el color de la hora y la forma que le imprime el viento; llama viva que oscila entre el amor divino y el amor terrenal y que con graciosa porfía se empeña en adquirir líneas geométricas, como en una estilización decorativa. Alma femenina, de toda feminidad, con una linda inconsciencia en el amor y en el odio. Berénice d'Aigues Mortes...Como ella, Juana Inés de la Cruz sigue «la única ley valedera: aquella que arrancamos de nuestro sincero corazón».

¿Una literata? No, por favor. Una niña artista, que siente mas que otras,—pero no

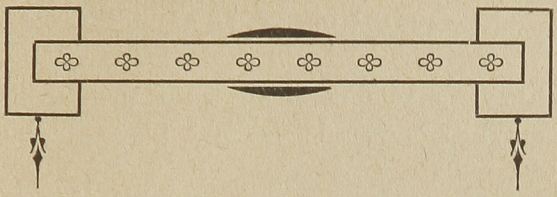
tanto como tú, mi Primavera...—que cuenta lo que otras callan, y lo cuenta bellamente; una niña que, como todas nuestras niñas, habla con frivolidad, ríe con frescura, reza con fervor, cose, teje, confecciona sus propios sombreros, toca el piano. No hay en ella pedantería: ni siquiera se acuerda de mentar libros o de citar autores. Nada de extraordinario en esta criatura excepcional: nada mas que el don divino de la emoción y la facultad de expresar de hermosa manera lo que siente. Nada más que el ser una artista.

Por lo que hace a este libro, júzguelo quien sienta la necesidad de juzgar. Yo no. Sigo también «la única ley que vale» y, en vez de razonar, prefiero soñar un poco....

M. MAGALLANES MOURE.

Santiago, Agosto de 1915.

Horas de Sol



I

Horas de sol, es decir, horas de felicidad, horas de paz, horas de olvido, y sin embargo, si en un título hubiéramos de sintetizar lo que fueron nuestras horas de amor, seguramente no sería en el de HORAS DE SOL donde deberíamos encerrarlas.

Horas que pasaron a la nada, horas que fueron como espuma irisada que el viento

disolviera, sombra bienhechora que el día ahuyentara, cascada de amor que al abismo rodara.

A veces nuestra mentalidad está tan agena a lo que escribimos.

HORAS DE SOL: he ahi un título que no busqué, un título que nació de la casualidad y que por eso lo estampé con cariño.

La tarde estaba nebulosa. Avanzaba tan rápidamente, que sin saber cómo, quedamos en la sombra. Poco a poco principiaron a encenderse los focos eléctricos de la ciudad y los faroles de los coches.

A pesar de las luces artificiales apenas nos adivinábamos. Nunca habíamos estado tan tristes; algunas lijeras consideraciones habían saturado la atmósfera y nos habían alejado un tanto.

Su cabeza inclinada parecía agobiada por un yugo y sus ojos fijos en el suelo como si quisieran encontrar en él una solución al problema.

—¿En qué piensas? le dije.

Levantó hasta mí sus ojos enigmáticos y me contestó riendo:

—En que tienes los piés muy pequeños.

—¡Tonto! creía que pensabas en algo serio.

—Acaso puede haber algo más serio? Al menos yo, por mi parte, si una mujer tiene los pies grandes, ni siquiera la miro al rostro.

Era hora de marchar; los relojes marcaban las siete menos cuarto.

—¿Cuándo?

—No sé, cuando Dios quiera.

—Qué horas tan negras son estas, dijo con tristeza. No te rías, pero cuando a sólas en mi alcoba trato de fijar la expresión de tu mirar, te veo desaparecer y no lo consigo. Quisiera mirarte todo un día, largamente, intensamente, hasta saberte de memoria.

—No seas así, no te quejes de la suerte, le respondí; acaso estas horas que tu llamas negras sean nuestras únicas horas de sol...

—Qué título tan irónico sería ese para un libro en que las relatáramos...

Todo volvió a quedar en quietud. La calle impasible nos vió alejarnos en distinto sentido.

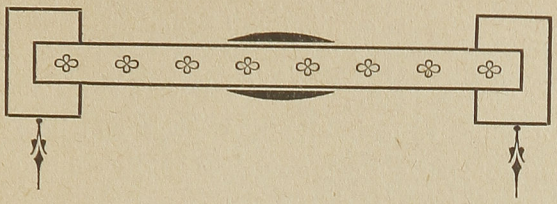
Horas de sol, horas de amor, blanca estela en el azul intenso del sentimiento lírico, estrellas que temblaron de terror al sentirse suspendidas en el vacío, alas que chocaron con alambres, gaviotas heridas que se azotaron contra las rocas tradicionales del medio ambiente. Nadie vió el reflejo del místico cirio que alumbró la fuerza de sus razonamientos. Que si así hubiera sido ¡qué poco de ellas quedara aquí dentro!

Claras ondas de luz, campanas reidoras, risas alegres de la muchedumbre, allá en el barrio central, donde todos se confunden; allá, donde después de haber elegido un día para reir, todos creen en la felicidad, inseguro trapecio donde se columpian esos clowns de carnaval, que el nuevo día contempla ebrios de luz sobre la arena del redondel inmenso del aburrimiento. Y allá

nada queda, nada de esa alegría que son muchos los que la viven. Pero de aquellas horas que alimenta la llama del dolor, de aquellas que solo dos pueden santificar, de aquellas que tú y yo dejamos pasár a traves de nosotros, como una procesión en la sombra de un templo, de esas queda la esencia, la vida, porque tuvieron un principio sólido, porque nacieron de lo incomprendido, encontrando repercusión en nuestras almas doloridas.

Horas de sol, vibraciones en las cuerdas sensibles del alma, repercusión en las fibras recónditas del cerebro, que marcha acorde con el corazón; benditas lágrimas que tuvieron por qué, rosas de un jardín que no las dejó florecer porque no tenía agua de pozo para regarlas, ni agua del cielo para santificarlas, o mejor dicho, porque temió que cayeran en pecado, como habría dicho Stendhal.

La Frivolidad de las Palabras



II

Se ha levantado una bruma, fría como la inconmovible monotonía del vivir, triste como mi pensamiento.

Llega a mí en ecos dolorosos la frivolidad de las palabras. Ha cesado todo murmullo y me pregunto si tocarán a muerto. Cuando la lengua enmudece es porque el pensar se abisma sin comprender.

Gritar para hacer prevalecer una idea no conduce a nada. ¡Es tan necio aquello de querer parecer comprensivos ante los que no nos comprenden!

*
* *

Van las horas cayendo sobre el recuerdo como plumilla de nieve.

Las alas del sentimiento, cargadas de ironía, no pueden tender el vuelo a las exploradas regiones del pasado.

El fuego ha vuelto cenizas sus últimas palabras de amor y los últimos ecos de mi pensar cristalizado en el papel.

Tiembla la llama aún viva del posible canto que llegará hasta él.

Mis anhelos se me figuran pájaros embalsamados. Ojos sin luz, alas sin movimiento. ¡Oh, esos anhelos nunca llegarán hasta él!

—«Se operará el milagro de las rosas,

dice una voz en la bruma; tu alma alcanzará la gloriosa resurrección del Ideal que ha muerto».

No, voz extrahumana. El milagro de las rosas se ha operado ya y el que yo espero es otro; acaso sea el Amor creado por mi espíritu entristecido; suave como un corazón que lo acojió y fuerte como los brazos que lo levantaron.

Un milagro de Amor, un sentimiento que no usurpe el gran nombre comprendido tan solo por aquellos que saben sentirlo bajar desde la cima del Calvario hasta el rincón secreto que llevamos en el fondo de nuestro corazón.

No responde la voz y la bruma, hada buena, humedece mis mejillas ardientes. ¡Cómo evoco lágrimas de las que hace tanto tiempo no puedo derramar!

Mi perenne dolor seco y tranquilo, nació de un choque rudo con la vida, se nutrió con convicciones fatalistas y con vulgari-

dades ineludibles. Antes de formarse y ser un completo dolor fué una forma imprecisa de idealidad. ¡Tantas circunstancias, tantas vagas influencias que descomponen los sentimientos en vulgares estados de alma!

Si yo pudiera desentenderme de las pequeñeces que me rodean y ellas no me hicieran sufrir, mi dolor inicial sería más bello de lo que es, porque dependería sólo del principio que lo formó.

Estamos tristes porque el sol no ha brillado y nos inducen a que debemos olvidar esta tristeza para pensar en una más vulgar.

La frivolidad de las palabras deja incompleto el razonamiento de mi meditación.

Cuando nuestras almas se comprendieron enmudecimos; nos bastaba el solo pensamiento que nos unía, por razón.

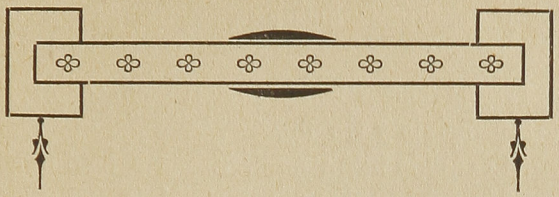
No recuerdo largas frases de sus labios ni de los míos y aún en aquella tarde trágica en que nos despedimos para siempre, muy poco nos dijimos con la palabra.

La tierra pareció florecer bajo los pantanos, los árboles sin hojas se cubrían de un follaje de ilusión y nosotros, como pájaros asustados, nos cobijamos bajo él.

Las enredaderas de invierno, las piedrecillas humedecidas por la última lluvia, oyeron el final de una historia que no habré de contarte a tí, lector curioso, porque la frivolidad de las palabras le quitaría su belleza.

◇ ◇ ◇

A media voz



III

La lamparilla de noche alumbra flojamente; la pluma sobre el papel es una ciega en un templo desierto. Tiene tacto, presiente la grandeza que la rodea y habla a media voz con la sombra.

¿Cuánto tiempo hace que vaga en la obscuridad de la noche? No lo recuerdo; digo mal, no quiero recordarlo. Es tan bello creer

a la distancia en algo incierto, en tiempos sin principio y sin fin.

He subido hasta aquí. Él me señaló una ruta, cerré los ojos y emprendí la marcha. Mis pies están ensangrentados, mis manos tiemblan y no encuentro nada, nada de lo que me hizo creer que encontraría.

Evoco su imágen ténuemente tostada por el sol, bella razón de los únicos momentos en que creí amar la vida.

El impulso de nuestros corazones nos señaló un camino que llevaba hacia la Vida. Fueron cuatro estaciones, cuatro peregrinaciones. La primera fué sencilla como una primavera de amor; la segunda, complicada y cruel, nos agobió con la fuerza misteriosa del sentir; la tercera fué larga y febrilmente humana: tuvo esencias terrenas de idealidad extraña; la postrera, fué breve, dolorosa y perdida; no conoció el secreto de la última agonía...

Junto al río que murmuraba en un am-

biente perfumado por flores de azahar; junto a las piedrecillas que al pasar había refrescado el río; bajo las nubes blanquecinas que cruzaban rápidas la quietud del cielo, siempre intenso, como sus enigmáticas pupilas, siempre fijas en mi existencia de contínuo atormentada, nos contamos una a una nuestras agonías, nuestros ensueños desbaratados por la suerte, nuestro mútuo amor purificado en la llama del imposible y por último nuestra muda y santa resignación.

Recuerdo que dos lágrimas bajaron por sus mejillas y se las enjugó riendo. De lejos puede parecer un hombre de voluntad; de cerca es sólo un niño... Un niño que a fuerza de hacer reir a los demás se ríe de sí mismo y de sus penas.

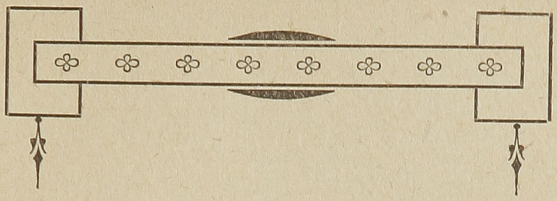
—«Ivette—me decía una tarde—los hombres como yo, deberíamos tener dos cuerpos: uno que quedara con la mitad del alma en una casa solitaria y otro qne con la otra mitad sirviera de bufón a la vulgaridad ébria de sandeces y frivolidades».

¡Pobre niño mío! ¡Cómo hubiera querido seguir su exilio a través de la vida!

Sé que ha regado con su sangre las arenas de lo inevitable, sé que ha desoído la voz mía que pudo conducirnos a la felicidad, sé que hay en su corazón una fibra que se conmueve y en su cerebro un pensar elevado, sé que ama y respeta a la mujer y cree en los altos designios, pero no he sabido por qué no ha comprendido lo que se oculta bajo la sombra enfermiza de mis ojeras y entre mis labios temblorosos que no pueden jamás decirlo todo.

Río que murmuras, flor de azahar que perfumas el ambiente, piedrecillas del río, nubes que cruzais el cielo, volved hacia él vuestros encantos con la intensidad de entónces, porque estoy segura que a vuestra vista habrá de recordarme, como yo lo recuerdo cuando miro el solitario sendero por donde se desfloraron las cuatro peregrinaciones de nuestra vía-crucis...

Sed de Ideal



IV

He buscado mi Ideal, fantasma que se transforma a cada instante, como las horas del día.

He buscado en los ojos de los humanos, como una obsedida, algo que pudiera fijar mi atención por algun tiempo. He tratado de interpretar la impasible serenidad de algunos y la febril ansiedad de otros.

Ojos ha habido que por su verde color no sólo han sido para mí mar, esperanza, sino locura de belleza; ojos negros como la noche que no sólo han sido abismos, sepulcro de ambiciones, sino desesperación de anhelos, cielos infinitos de sin igual pureza, que me han desdoblado trájicamente al obtener en ellos la paz de los sacrificios consumados. En todos ellos ha vagado mi espíritu, brizna pasajera que tiembla al menor soplo, para irse léjos en busca de algo nuevo que lo haga extremecer de placer o de dolor.

El desasosiego de lo incomprendido, la curiosidad de lo que no se ha vivido: he ahí la vida.

Cuando pienso que puede llegar un día en que habré de saborear la Belleza encarnada en las humanas pasiones, siento una angustiosa y torturante inquietud.

Barco sin rumbo es mi existencia que no deja caer el ancla que la fije por un instante. Mañana, me digo, y espero... ¿Llegará

un día en que cruzaré los mares, veré otros ojos y beberé vida?

Amado mio, ante mis ideales, desapareces, te confundes, eres una cosa tan pequeñita y apénas necesaria, que te comparo a un maletin de viaje que quedara olvidado en un wagon. Me harías falta un instante, pero podría comprar otro mas nuevo y acaso que encerrara muchas cosas que tú no tienes.

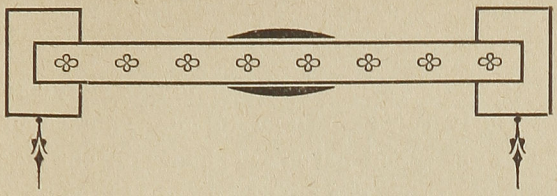
Anoche te miré fijamente y te expresé mi pensamiento. Me llamaste loca, ¡loca! Tienes razon, loca soy porque no puedo seguir viviendo la monotonía del vivir; loca, porque pienso que si me amaras, satisfarías mi capricho, muriendo, para que yo viera tus ojos a través de la inmovilidad trájica de la muerte. Acaso ellos, así como reflejaban anoche las lamparillas eléctricas del salón, reflejarían el mas allá... mejor que aquellos ojos azules que no miran el sol.

Ya no soy, amor mío, la muñeca que creis-

te contentar con unos cuantos besos a la caída de la tarde; ya no soi la pequeña mignon que comía bombones en tus rodillas, mientras con sus manecitas ensortijadas te cerraba los ojos; ya no creo en los duendes ni en los espíritus que se empeñan en contarnos cosas de ultra-tumba; pero sí creo en mi fantasía, creo en mi alma que, siempre fiel a esta cabeza de rizos negros con ojos soñadores, tan pronto vaga en las arenas vírgenes de un desierto como en jardines floridos de flores y de fulgores de luna.

◇ ◇ ◇

Charla



V

...Y como siempre que voi hacia la conquista de una idea que se me escapa, me eché a volar por las nubes, hasta que traje, envuelta en brumas y resplandores de estrellas, la que hoy retoña, como la otra que guardo siempre en flor...

—Y ¿cuál es esa?—dijeron a una voz Luis y las hermanas Eugenia y Aglae.

—Vulgar, muy vulgar, amigos míos, contestó Ivette. Pero en su misma vulgaridad, acaso es grande, si se sabe hacer de ella algo nuevo. Sufrir por amor: he ahí la idea.

Eugenia se echó a reir con el desparpajo de siempre y arguyó:

—Si esa idea te la han sujerido las musas, ríete de ellas y diles de mi parte que no saben ser mujeres.

Ivette había hecho un gesto significativo a Luis, que se había sentado junto a ella y concluyó una frase que parecia haber tenido en suspenso:

—Las musas, hija mía—dijo dirijiéndose a Eugenia—no me sujieren idea alguna. Como buenas mujeres, no hacen buenas amistades conmigo. Quienes me inspiran son los gnomos.

—¿Los gnomos?... y ¿qué son esos? dijo llena de asombro la ingénua Aglae.

—Los gnomos,—empezó Luis, tomando un aire de sabiduría que habría hecho reir a

cualquiera,—son unos hombrecitos pequeños, pero intelijentes, que habitan en el fondo de la tierra...

—Precisamente, dijo Ivette, son tan hábiles, que no se dejan ver como las musas. Salen en la sombra, viven y hablan en la sombra y creo que hasta besan, si tienen oportunidad...

—¿Y cuentan muchas cosas? preguntó Eugenia burlonamente. Me gustaría oir alguna historia relatada por tan extraños personajes.

—Voi a complacerte,—dijo Ivette,—contándoles la última aventura del rey de los gnomos. Es bien interesante.

El rey se llama... ¡mi memoria! En fin, pongámosle un nombre cualquiera: Gastón.

Dicho rey habitaba en lo mas hondo de la tierra y había vivido muchos años, como que ya empezaba a blanquearle su hermosa y luenga barba.

Se dice que un día salió a la luz del sol

y deslumbrado ante tanta claridad, cantó exóticas baladas, nunca oídas a flor de tierra, las que resonaron como si las trompetas del juicio final hubieran lanzado al viento sus proféticos sones. Sin embargo, la voz del viejo rey no fué oída por los hombres. Aquellas baladas, orgullo de los misteriosos gnomos, dormian un sueño de paz en la garganta metálica del rey. Empero, hubo un corazón de mujer que sintió repercutir en él tales baladas y atraída por la música de su voz llegó hasta él.

Ella iba de la luz, él venía de la sombra. Se entabló lucha. El rey de los gnomos le tenía miedo al sol, pero en la sombra aprisionó en sus brazos a la hermosa.

Como las mariposas ella amaba la luz y quiso atraer a su amado hacia la *oscura claridad* del mundo, a quien pensó decirle este es mi amado, al hacer rodar, entre los hipócritas, dos almas blancas unidas por los sagrados lazos del amor, a semejanza de dos garzas en contra de la corriente de un rio.

Y aconteció que el rey, enfermo de hastío y de pesar por no poder complacer a la que amaba tan tiernamente, se ocultó para siempre en las entrañas de la tierra

Ella, desde entonces, de tiempo en tiempo, llama a su Gaston, voluntariamente sepultado.

Se cuenta, por último, que los mas hermosos donceles solicitan el amor de la elejida del rey y ella, siempre fiel al que juró en la escalinata del pasado, lo siente retoñar, porque nunca ha dejado de regarlo con lágrimas de vida.

.....

—Hermoso, dijo Eugenia—pero el final no me parece bien. Yo, en lugar de la hermosa, una vez desaparecido el rey, cuando ménos habría buscado un paje para que me consolara...

—No,—interrumpió Aglae,—porque hay reyes de reyes y a quienes no es posible sustituír.

—Yo quisiera saber al fin de cuentas,—dijo Luis,—lo que piensa Ivette. Ella cuenta historias, oye juicios, pero ni aprueba ni desaprueba nada.

E Ivette repuso:

—¿No recuerdan el tema que había elejido para mi último cuento?

—Sufrir por amor. ¿No es eso?—dijo Eugenia:

—Exacto. ¿Acaso otra cosa practica la heroína de lo que acabo de contar? Si elejí el tema, es porque lo apruebo.

—Y en ese caso ¿habría hecho Ud. otro tanto?—dijo Luis irónicamente.

—Por supuesto, pero con un paréntesis: siempre que el rey, de vez en cuando, hubiese dado señales de vida.

La risa se hizo jeneral.

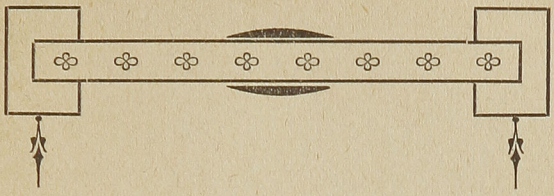
Despues de la charla de la tarde, ya por la noche, Ivette llamó a sus gnomos y les preguntó por el viejo rey del cuento. Duerme contestaron ellos, y enfermo de luz, de

corazones, de todo, piensa hacer música con la letra de sus baladas para esparcirlas por el mundo.

Y espera Ivette las baladas del viejo rey, que habrán de cantarle los gnomos, para con ellas hilvanar historias que habrán de entretener a sus amigos durante las interminable noches del recuerdo.

◇ ◇ ◇

Demasiado tarde



VI

Y quisieron creer en la posibilidad de amar nuevamente, de elevar entre ellos, pobres seres descreídos, un nuevo altar al ídolo de los ídolos: al amor.

Se ahogaron en infinitas promesas, reían para acallar la voz del hastío que con sarcástica sonrisa palpitaba bajo la máscara de sus rostros pálidos.

Siluetas confundidas de cabelleras rubias, tez morena, ojos de colores variados, claros, oscuros, vivos, tristes, que en desordenado tropel desfilaban ante él al querer sumerjirse en las pupilas oscuras de ella. Su exterior juventud lo animaba a hacer frente al Destino, dándole un mentis en pleno rostro a su alma que reclamaba paz y que sin cesar repetíale: ¡Es tarde! Eres incapaz de amar.

En vano su palidez enfermiza, llena de romantisismo, se hacia mas intensa al querer reconstruír antiguas palpitaciones de una vida vivida demasiado rápidamente en el torbellino de los locos años de su primera juventud.

Sumida ella en una contemplación, en una adoración digámoslo así, persistía en guardar fidelidad a una sombra. Y se gozaba en sufrir acaso porque en su alma ese estado torturante le comunicaba cierta belleza espiritual.

El ser real que en aquella sombra se en-

carnó y tal sentimiento le inspiró, habia desaparecido; pero ella seguía amando la ilusión de un conjunto de ideales propios, al amor en sí mismo, i cuyo nombre de bautismo le parecía más hermoso que aquel conque quería confirmarse.

También quiso interesarse sinceramente por aquel hombre que se interponía entre la realidad de la vida y el sueño estéril. Acaso lo consiguió en parte... ¡Cómo llegó a considerar monstruosas aquellas vanas cavilaciones que en encontradas y humillantes luchas se ajitaron en el fondo de su ser sensible y débil!

Rodeó a su nuevo ídolo con los anhelos de su corazón y sin ver miróse en la limpidez de sus pupilas azules.

Renació la calma tras los días de efervescencia pasional y sin saber cómo sintieron el peso de la capa abrumadora del hastío.

Se miraron con reconcentrada crueldad. Para ámbos aquella prueba era la confirmación de que sus almas no debían esperar ya

Sus corazones eran centros vacíos donde hubo atmósfera impregnada de amor pero que se había absorvido y confundido quizás en el azul. como se confunden en el recuerdo las visiones confusas del sueño.

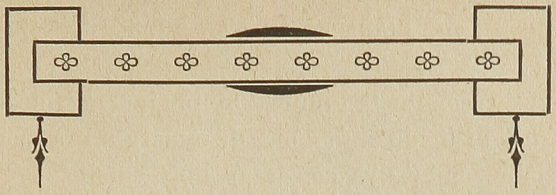
Reflexionaron y cada uno se internó en las tenebrosas contracciones de sus amplios cerebros.

Un adios frio como caricia de ultra-tumba los separó para siempre.

Más, a traves de la vida, cuando sus espíritus vaguen en la soledad trájica de los que saben pensar, ámbos talvez exclamarán: ¡Nos encontramos demasiado tarde!...

◇ ◇ ◇

Ultima Plegaria



VII

Ella vió a su marido inclinarse sobre su rostro temeroso de que su fin hubiera helado su frente y dejado de latir su jóven y viejo corazón. Sintió ahogados sollozos en la estancia vecina, plegarias infinitas que subían al cielo.

¿Era por ella que lloraban? Si, mas ese rostro que amaba con una dolorosa obsesión

de reconquista inútil, al inclinarse sobre ella hizo subir una ola de amargura a sus labios mudos ya con la última agonía.

Cerró los ojos para no verlo y hacer creer que toda sensibilidad había muerto en ella: más de lo íntimo de su alma se elevó una plegaria fervorosa y resignada.

«Señor, de los señores, que mi alma en una muda contemplación se inunde de luz en la oscuridad donde se sume mi cerebro al querer penetrar Tus arcanos.

Cristo y señor mío, quiero apurar el cáliz que apuraste en tu agonía para que la fé prenda en mi interior un absoluto convencimiento de lo eterno.

El cansancio del frívolo contacto con el mundo me hizo acercarme a Tí pero soi humana y aun quedan entrelazadas mis esperanzas con las cadenas dolorosas que me tenían cautiva.

Voy hacia Tí. La ofrenda de mi ser es pobre, mis manos al elevarse quieren mos-

trarte algo de valor para pedirte gracia y sólo mi corazón ensangrentado elevan, un corazón sin voluntad, un corazón que no pudo vivir la vida de los hombres y se hincó la saeta venenosa del análisis; un corazón que luchó contra las malas interpretaciones, un corazón que sufrió el azote de las sonrisas imbéciles, un corazón humano con esencia divina.

Pero como sois grande y misericordioso recíbeme y concédeme la gracia de volver en espíritu a este mundo que no he podido comprender, quiero volver de las misteriosas regiones de donde nadie vuelve para leer en su alma lo que no he leido en sus ojos».

Dulcemente se quedó dormida para siempre y su alma torturada, purificada con el voluntario sacrificio, quedó suspendida en el espacio, atraida todavía a la tierra por su última plegaria.

Labios trémulos por el llanto cerraron sus ojos, piadosas manos cubrieron con el fúne-

bre traje su ríjido cuerpo. Una paz celestial se extendía sobre su rostro cuando cubrieron el túmulo.

Todavía se aspiraba el olor a las flores mezclado con éter y el de los cirios apagados en la estancia donde estuvo la capilla ardiente.

El se encontraba solo. Sombrías debían de ser sus reflexiones porque su rostro se contraia a impulsos de encontrados sentimientos.

Un gemido lo hizo extremecer. Buscó y no vió a nadie; llamó y no le contestaron.

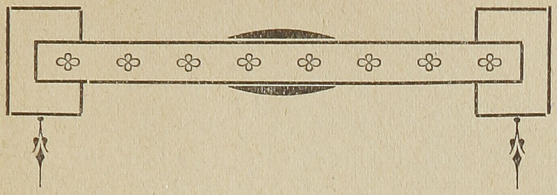
Una lijera nube se deslizaba por la entreabierta ventana. ¿Sería su alma? ¿Qué pensamiento sorprendió en él para alejarse lanzando un gemido tan doloroso?

Almas, que al despojaros de la envoltura carnal que os pesa para seguir viviendo; almas que valerosas cruzais la frontera de lo desconocido; almas que sois esperanza y

fé, no espereis encontrar repercusion de ideales en los seres que quedan en contacto con las banalidades de la vida.

◇ ◇ ◇

El Tiempo y la Primavera



VIII

Fué desleal el hermoso mancebo que entonó romanzas de amor al pié de la florida ventana de la hermosa hija del Sol, la Primavera. Ella lo amó porque en cada una de sus horas traia distintas inquietudes y distintos colores, lo amó porque dijo ser hijo de las musas y porque le supo decir que la amaba no amándola.

Era el Tiempo, que así se llamaba el mancebo, hermoso y sano. Avido de placeres buscaba en las hojas verdes de la Primavera la esencia de vitalidad que podria llenar sus aspiraciones y rodaba, rodaba... sobre las horas estrechando aquellos retoños en flor y aquellas verdes hojas que eran el ornato más preciado de su amada.

No alcanzó a cristalizarse el ensueño de amor que forjó la Primavera. Ella debia dormir por algunos meses y quiso que su amado durmiera también. El se lo prometió. Esperaría su despertar junto a los durazneros en flor, impasible a las caricias del Viento y a las languideces del Verano...Ella era su amada, la única que había logrado interesar su corazón...

*
* *

En profundo sueño quedó la Primavera. El Tiempo la contempló dormir un instante

casi imperceptible y como un loco atravesó los mares y los campos disolviéndose en las briznas pasajeras, huyendo vertijinosamente y sintiendo nostalgia de amor.

Juró amar a las hojas secas a quienes dejó tambien para cantar su cantinela de ensueño frájil al oído de las nieves que se ostentaban en la cima de las montañas.

*
* *

He pensado en tí, espíritu sin nombre, en tí que has pasado como el furioso torbellino del Tiempo.

En vano desplegué galas; en vano se tendieron mis alas a las regiones del Misterio; en vano te llamaron mis labios temblorosos en la sombra...

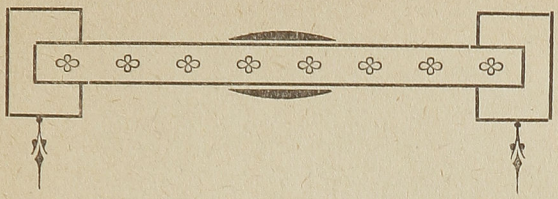
Y mientras mi pensar se tiende por sobre las colinas del Ensueño, van murmurando mis labios como en un rezo profano hacia la larga espera...

Ven, aunque sea un instante. Ven, y trae contigo las rosas que me ofrendaste y perfuma con ellas antes de que ya no las espere, la infinita soledad de mi alma.

◇ ◇ ◇

La Muerte de las Rosas

A Julia Sateler C.



IX

Fué una mañana de Verano. El sol bañaba la carretera y el azul del cielo era tan intenso que atraía como un abismo.

—Quiero saber lo que encierran en el cáliz las rosas que me has traído, dijo Ivette al poeta que no sabía llorar, al poeta que reia de las doloras de Campoamor, de los pesares del niño y de la juventud, porque no pensa-

ba que el niño siente el mismo pesar cuando rompe un soldadito de plomo, que el que siente un hombre ante su felicidad perdida; porque no pensaba que una mujer de diez-iseis años sufre tanto no amando, como sufre un hombre de talento que no encuentra a la vida una razon de ser, despues de haberla mirado intensamente bajo su analítica percepción. El poeta que no tuvo lágrimas cuando su madre cerró los ojos a la luz del día, deshojó las rosas que Ivette amaba y ante el cáliz sin pétalos rió con una risa salvaje.

—He ahí lo que encierran las rosas, dijo, polvillo que al menor soplo se esfuma Y rió de la sorpresa trájica de Ivette, ante las rosas deshojadas.

—Poeta, dijo Ivette, tú que todo lo sabes, dime, ¿por qué no te conmueves?

—Ivette, contestó el poeta, no te preguntes nunca el por qué de las cosas y así te conmoverá la gota de rocío resbalando des-

de la hoja que la ostenta brillante y frájil a la tierra que la consume.

—No lo creo, murmuró Ivette, tu sentir no es igual al mio y si tú solo amas los misterios que no puedes descifrar, yo, en cambio, amo en tí la descifración del misterio. Llévame a la cumbre del alto monte del saber y desde allí muéstrame lo que ocultas por temor de que ya no te ame. Quiero vivir la vida que tú vives, aprender lo que aprendes y no temas por esto que me muestre altiva. Mi corazón será siempre el mismo ignorante o sabio.

—Eres muy niña, dijo el poeta, espera... Y rio de la cándida Ivette dejándole en el alma un dejo amargo de ironía...

*
* *

—Ivette, decia el poeta, muchos años despues de la muerte de las rosas, tú que me has consagrado la vida entera no sabes com-

prenderme, estoy junto a tí y me encuentro solo. Estos versos míos que han sido el fuego sagrado de mi vida, no me alimentan ya. Tú que has reído conmigo ¿por qué no llenas el vacío que se hace a mi alrededor? ¿por qué no has sabido conservarme una ilusión? ¿por qué no has sido arcano ayer, hoy y siempre? ¡Pobre mujer! acaso me has amado demasiado...

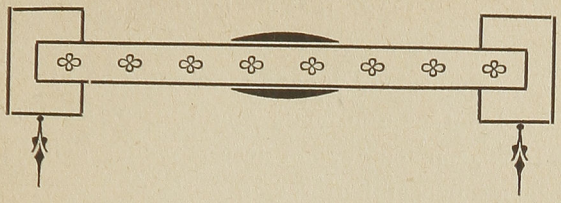
—Tú has tenido la culpa, jimió Ivette, tú que enmudeciste cuando te interrogué.

—Acaso tengas razon, pero creí cumplir con mi deber. Ni tú ni yo hemos tenido la culpa, la tuvo...

—Tu egoismo, dijo Ivette débilmente. Y el poeta que no sabía llorar, por la primera vez lloró arrepentido en brazos de la mujer que no pudo llenar su vida porque él no había sabido crearla para comprenderlo....

◇ ◇ ◇

¡Y quedaron abiertos!..



X

Fueron aquellos ojos todo un conjunto de remotas visiones que fueron sueños y nada mas.

La vida, se hizo algo concentrado en aquellos ojos vagos e indiferentes.

Ivette, de la única mujer que puedo responder, la única mujer que siente cuando habla y que cuando habla es porque sien-

te, se sintió subyugada ante aquellos ojos y los amó: los amó como aman los artistas al Ideal, con locura, con desésperación, con dolor de pensamientos, con ansia de beberlos en un beso único que resonara en todos los ámbitos.

Y cuando los labios de Ivette cayeron sobre esos ojos, como la tarde avanzaba, se velaron los valles de una capa brumosa y nada mas.

Y los ojos aquellos pudieron fijarse aun en los tranvías eléctricos y en los transeuntes indiferentes...

Los labios de Ivette se plegaron para siempre en una sonrisa helada...al pensar que aquellos ojos que tanto habían visto, que aquellos ojos que habían mirado con audacia el fondo de su alma...no habían salido de sus órbitas y seguian abiertos, muy abiertos, para el mundo real.

Y no tuvo lágrimas ante el desolado cuadro que se presentó a su vista. Si, porque

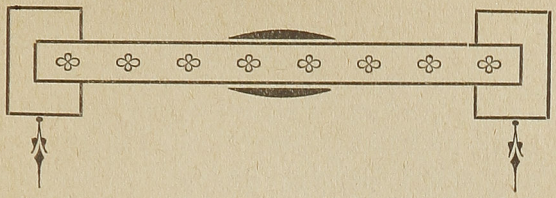
fueron esos ojos, los mismos que ella había besado, los que vió más tarde reflejando una vulgaridad: Una mujercita que tenía la boca roja (acaso de carmín) y que no buscaba ojos sino labios porque prefería ser mirada a mirar.

Y esta vez, aquellos ojos, no se cerraron porque al cerrarse no habrían visto nada.. y ante aquella mujercita, todo exterior, han seguido abiertos, muy abiertos y la siguen mirando desde tan largo tiempo que parece que este se hubiera dormido profundamente sobre los hechos incomprensibles...

◇ ◇ ◇

Los Hijos del Dolor

A la señora Ines Pérez de Fierro Carrera



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÈ TORIBIO MEDINA"

XI

Después de recibir la bendición paterna, una noche de horrible tempestad salieron del hogar con rumbo hacia la vida, tres hijos del Dolor.

La Pobreza, una muchacha flaca y enfermiza, apénas cubría sus desnudeces con un manto hecho jirones. Era la mayor de todos y sin embargo, hubiera podido to-

mársele por la más pequeña. Iba de prisa... El viento helado de la noche dejaba adivinar sus piernas flácidas, pegando a ellas sus raídos andrajos.

La seguia el Deshonor, muchacho huraño y raro. En sus ojos brillaba una reconcentrada crueldad. Iba dispuesto a introducirse en todas partes no encontrando barrera capaz de atajar su paso.

El último, el más pequeño de todos, era hermoso: su cabecita rubia era un primor; sus manecitas, que el frío no había conseguido entumecer, parecían dos azucenas destinadas a calmar mudas heridas profundas. Era este el Amor.

Veinte siglos hacía a que los tres habían abandonado su hogar y una noche, muy parecida a aquella en que salieron, regresaron a la mísera cabaña del Dolor. Blancos cabellos circundaban la frente del anciano y una sonrisa fría y extraña acariciaba sus labios.

Uno a uno los hijos relataron a su padre las aventuras que durante tanto tiempo habían corrido en el mundo.

—Yo, dijo la Pobreza, he sido causa de múltiples sacrificios: he visitado innumerables hogares y en todas partes he dejado huellas indelebles.

—Sin embargo, es preciso que vuelvas aun al mundo, le aconsejó el Dolor. Tu obra debe ser intensa y hay mucho que hacer todavía. Yo te bendigo nuevamente. Vete.

Le tocó hablar al Deshonor.

—Yo, dijo, llevé la desesperación a muchos padres de familia, doblegué el orgullo de las naciones más poderosas e infundí en los espíritus ese algo que amarga y que no hay tranquilidad capaz de ahuyentar.

—Está bien, dijo el Dolor. Has trabajado con ahinco; más, es preciso que sigas a tu hermana. Vuelve a tu azarosa existencia y, una vez más, lleva mi bendición.

En la triste cabaña solo quedó el Amor,

sentado humildemente a los pies de su padre.

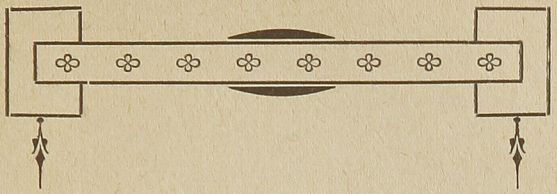
—Yo, dijo, durante los primeros siglos fuí el predilecto. Por mí las mujeres más hermosas bajaban de sus tronos; los más gallardos mancebos abdicaban en mi favor riquezas y honores. Me paseé con orgullosa altivez en los palacios de los reyes y en las humildes cabañas. De pronto, un enemigo formidable salió a mi encuentro y me arrojó el guante. A los rayos del sol brilla y deslumbra y, cuando las sombras de la noche caen sobre el mundo, enciende múltiples luminarias para que su brillo no se extinga. Ese es el Oro. El ha ocupado mi lugar. Yo soy el último sentimiento; por lo tanto, mi trabajo ha concluido. Dejad, padre mío, que me refujie al calor de tu hogar; que los que quieran buscarme vendrán aquí y tú responderás por mí.

—Sea, dijo el Dolor y su gran manto envolvió la rubia cabecita del Amor,

Más de alguno ha llamado a las puertas de la cabaña misteriosa: la puerta se ha abierto para darles paso, pero el Dolor los abraza y los despide, dejándolos vagar a través de la vida como entes fúnebres que llevaran el camino de la Nada...

◇ ◇ ◇

Lago Sereno



XII

En el lago claro y sereno de mi vida interior el sol de la verdad, deja ver a través de sus aguas, muy al fondo, piedrecillas con las que el dolor trató de turbar su mansedumbre y limpidez. Al caer, lijeras ondas movieron la muda quietud de las aguas, ondas que se tradujeron en gemidos cristalizados en estrofas.

¡Cuántas veces se extasió mi espíritu junto al lago en una mística contemplación!

Cada una de aquellas piedrecillas vive por sí misma; cada una tiene luz propia; cada una es una idea que vaga a ciegas en la noche de la inexperiencia a través del lago claro y sereno.

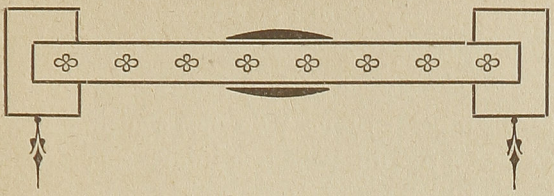
Ya es un templo de piedra inmenso y grave sin dorados tapices sin santos en los muros donde se adora a un Dios nunca temido, juzgado, ni medido; ya es una caravana de sueños que se internan en un desierto árido de pureza y verdad en donde duermen ruinas mostrando sus encantos a través de arenales de pecadora esencia; ya son regios palacios poblados de hombres sabios y de mujeres sin vanidad y envidia que tratan de mejorar la suerte moral de la humanidad; ya es un torrente de igualdad que viene de lo alto; ya un río de pensamientos elevados que confunden en un mismo lecho las razas, las religiones, las artes, las grandezas hasta

consolidar para siempre la paz universal; ya un soplo extraordinario que impregnara la atmósfera saturando las almas de una sola aspiracion de engrandecimiento del espíritu.

¡Oh amadas piedrecillas que en el fondo del lago claro y sereno resplandecéis a la luz del sol de la verdad! Vivid la vida de la indiferencia hacia el desconocimiento de vuestros esfuerzos, vivid tranquilas y sonrientes que mientras más ignoradas os vea, a través de las aguas, seréis más grandes y más amadas en mi corazón. El dolor os formó y no habrá, os lo aseguro, ninguna ilusión capaz de eclipsar el brillo excelso con que brillais en el fondo del lago claro y sereno de mi vida interior.

◇ ◇ ◇

En el Saloncito Azul



XIII

La risa atiplada de Mimí se desgrana en notas desafinadas en el saloncito azul de la romántica Ivette.

Ivette es como una figulina de Tanagra y Mimí como un bibelot de porcelana.

Ambas se ríen mucho: ¿de qué? Talvez del poeta de luenga melena que las miró doliente... desde una butaca de teatro; tal-

vez de la carta en serio del enamorado militar de bigotes rubios y de ojos con pestañas verdes... (según Ivette, la irónica por excelencia.)

El mundo contempla desde léjos a estas muñequitas de carne sonrosada y las admira.

Ellas son felices, piensa el vulgo, y yo no sé si tiene razón.

Ha llegado el momento de las confidencias. Sentadas en un diván a semejanza de las exóticas hijas del país del Sol, se cuentan sus secretos...

Y empiezan a caer, primero como gotas de rocío las confidencias blancas y luego como un nubarrón de granizo las confidencias rojas... (aquellas que el confesor de la parroquia cercana habrá de oir horrorizado.)

—¿Sí?... ¿Y después?

—Después... ya ves: lo dejé ir porque hube de engañarme a mí misma, porque yo era una *señorita* y no estaba bien todo aquello...

—¿Y cómo te has conformado?

—No sé. Acaso la esperanza de encontrar otro como él...

—Y lo encontrarás...

Y dá Mimí una mirada que envuelve a Ivette y acaso en su interior la encuentra bella porque sus ojos parecen reflejar una confirmación a su respuesta.

Ivette entre tanto baja el cuadrito de la madona de Rafael, quita el carton y de entre este y la cartulina saca un retrato.

—Vaya que es hermoso, dice con orgullo.

—Sí, ya lo creo. Y al fin de cuentas ¿cómo es en la intimidad un poeta? ¿cómo habla? ¿qué dice?

—No seas simple. Un poeta, es un hombre como todos, habla como todos y acaso sea un poquito más falso que el resto de la humanidad...

—Y así le quieres tú...

—Es que él no pertenece al rebaño, él es un poeta porque nació poeta así es que en

la vida real es tan normal como yo que sueño solo para mí y que para los demás soy tan vulgar como cualquiera. El arte verdadero no necesita de vana exteriorización para surgir de entre la turba que pretende hacer de él un ridículo baluarte.

—Sin embargo, esas melenas, esos chambergos y esas corbatas que ondulan son sujestivas. Un hombre sin esas cosas no me hace la ilusión de un poeta.

—Acaso tengas razón, acabo de quitarle en mi imaginación a un amigo mío todas esas bagatelas y ha quedado un simple figurón de teatro.

—Y ¿cómo distinguiste a tu poeta si no usa tales bagatelas, como tú les llamas?

—Presintiéndolo y familiarizàndome con él, leyendo las hermosas estrofas que ha escrito y que son precisamente las que me han hecho penetrar de lleno en su alma.

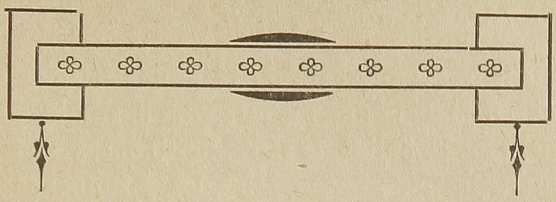
—¡Cómo me gustaría conocerlo! Lo que me has contado se me figura algo así como un encantamiento...

—Desencantado ¿verdad?

Y se ríe de nuevo Mimí con la ocurrencia de Ivette que sin querer se ha entristecido...

◇ ◇ ◇

Tributo a la Envidia



XIV

¡Cuántas flores de variados colores reían en el jardín! Entre todas ellas levantaba orgullosa su frente una azucena que la noche anterior a la pálida luz de las estrellas abrió su corazón. Más de alguna miraba con envidia la inmaculada blancura de sus pétalos y la flexibilidad de su tallo. Alguna tejió redes a su alrededor; otra sonrió excla-

mando: Esa blancura no es propia se la dá el reflejo de la luna; y otra: La flexibilidad del tallo es finjida, la imita del junco; y aún otra: Su pureza es mentira, los jazmines la han besado en la sombra.

Y hubo entre las flores serias un sangriento comentario.

La aurora tendió su manto diáfano de gloriosa recompensa hacia la azucena vírgen que aún ignorando su belleza fué acusada de haberla robado.

Algunas flores hicieron coro a la aurora, que regalaba luz a la azucena, con reconcentrada hipocresía.

Un jardinero vulgar se paseaba con insolente displiscencia entre las flores.

De pronto sus ojos se fijaron en la azucena y sonrió.—¡Imbécil, exclamó, tan tranquila te ostentas cuando un movimiento de mi mano aniquilaría tu orgullo!

Extendió su mano y en un momento de inconsciencia infantil y de vanidad extre-

ma, quebró el débil tallo y la hermosa cabeza desprendida la arrojó junto al camino.

Las flores se miraron entre sí, habían sido mudo testigo de un crímen que no sancionan las leyes de los hombres, y para ellas la aurora hubo desaparecido para siempre y todas se inclinaron, en una noche perpétua, a consolar a la azucena que sin sus caricias acaso se marchitaría solitaria y avergonzada...

—«¡Qué malo! ¿verdad? dijo una rosa marchitada, a mi hermana la llevó en el ojal y a tí ni aún de eso te ha creido digna.»

Céfiro, poeta por naturaleza, cruzó el camino y viendo a la azucena la recojió con unción exclamando: «Eres bella.»

—¿Qué ha dicho?—preguntaron las flores.

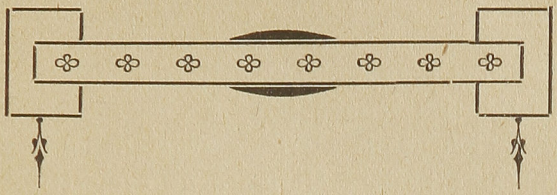
—Callad, callad, contestó la azucena, dejadme saborear la belleza de las bellezas, a solas. Céfiro que todo lo sabe ha murmurado a mi oido el más bello consuelo que flor alguna podría crear. Dejad que el eco de su

voz querida como un murmullo eterno cante en mi oido su canción.

Y la azucena que junto al camino creyeron dejar esperando a la niveladora muerte, solo pagó tributo a la envidia y dentro de un vaso cristalino lleno de vivas aguas de amor sonríe a una nueva vida y acaso habrá de florecer hasta la eternidad...

◇ ◇ ◇

Dos Cerebros



XV

El estanque tranquilo y apacible hacía que la superficie de sus aguas reflejaran los nenúfares que crecían a sus orillas.

Con paso lento, la mirada vaga, con un libro de filosofía bajo el brazo, el sabio marqués caminaba dejando en libertad su pensamiento que, como en espirales de humo,

traspasaba quizás los umbrales del misterioso país de los Ensueños.

Entonando la eterna canción de los bosques la pastora María sueña con castillos encantados y príncipes de réjias vestiduras. Nada sabe del mundo cuando impregnada de místicas ensoñaciones se apodera de ella el éxtasis que embarga a las almas que saben de la contemplación.

Se encontraron, se acercaron, sus miradas se confundieron, sus espíritus en una muda comunión se elevaron y, sumidos en una idealidad sin límites pasaron algunas horas dignas de ser eternales.

Las sombras del atardecer caían.

El adios que separa a la vulgaridad los separó con ironía cruel.

—¡Si hubiera sido marquesa

—¡Si hubiera sido pastor!

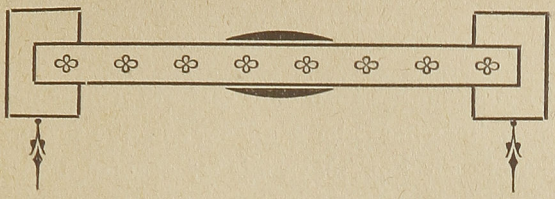
Ni una mirada hacia atrás, ni una lágrima...

¡Oh cerebros que aún pensais en las distinciones de cuna!

¡Cuántas veces el alma que nació para comprenderos pasó junto a vosotros y la arrojasteis con desden!...

◇ ◇ ◇

El Amor y el Olvido



XVI

Fué al morir el verano que daba paso a la estación que desprende la hojarasca marchita, la estación melancólica, la estación del silencio que ahuyenta las avecillas parleras, la que no trae retoños sino nieblas azuladas que como un manto de honda meditación nos envuelve.

Cierta tarde se encontraron el Amor y el

Olvido; ambos iban con distinto rumbo: el uno, iba a dar calor a un corazón que se consumía en una playa lejana; el otro, iba a calmar el ardor de otro corazón que amaba demasiado. Se miraron recelosos. El Amor, por la primera vez le echó en cara su traición y la obra de destrucción con que perseguía su causa. Discutieron acaloradamente. En la lucha, el Amor perdió los ojos y el Olvido las alas.

Intercedió la Mente Infinita:— Todo sentimiento debe existir, ninguno vale más que otro y sobre todo, todos se necesitan entre sí. Y ahora, en castigo de esta discución, os obligaré a que no podais vivir uno sin el otro. El Amor, que ha quedado ciego, trasportará en sus alas al Olvido, que perdió las suyas.

Hoy son hermanos, se comprenden y se buscan. El Amor va de aquí para allá: el Olvido lo sigue sin decir una palabra y eternamente se posa donde cae el Amor, que dulcemente le sonríe...

Azul Claro

XVII

Azul claro, muy claro, tienes los ojos: pálidos tus labios que han sabido enseñarme a descifrar el misterio dulcemente triste que se oculta bajo el sol; apasionado y suave tu corazón donde confiada se recuesta mi cabeza a la hora de las sombras...

Yo nací al calor de una creencia. Cuando mis alas ensayaban sus primeros vuelos, una

tarde nebulosa y trájica rozaron ellas levemente las impias nieves de un cerebro. Mas tarde, cuando el peso de la vida y el choque rudo de los azotes de la suerte las fortalecieron y les dieron impulsos para levantarse en alto, se tendieron al cielo.

En el espacio donde me remontaba cruzaste tú, espíritu de tentación, tú el de los ojos azul claro, de apasionado corazon y de labios empalidecidos.

Hablaste. Tus palabras fueron el arroyuelo límpido y sereno donde se bañó mi espíritu. Ante las sagradas promesas de una vida luminosa y activa se ensombreció la ruta que al cielo me conducía.

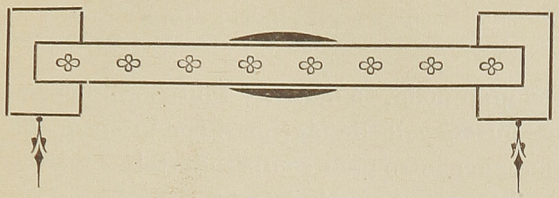
Mis alas se sintieron pesadas, el aire apénas las sostenía. Sus plumas habían desaparecido: una a una, tú las habías arrancado curando sus heridas al calor de tus labios.

¡Y pude reír con el desprecio inconsciente de los que rien ante un presente falso que reniega del porvenír!

Hoy que de mis alas necesito para remontarme de nuevo allí donde vislumbré la paz celeste, hoy que quiero apartar mi cabeza de ese tu corazón apasionado, hoy lloro amargamente la pérdida de aquellas alas inmaculadas cuyas plumas van volando en desórden a traves de la vida, incapaces de unirse para formar el canastillo de un nido...

◇ ◇ ◇

Plegaria



XVIII

He caido de rodillas ante tu imájen bendita, Madre santa, Vírjen misericordiosa y buena, sin lágrimas y muda de dolor. A tí acudo buscando un bálsamo para calmar mi pena; solo tú sabes en qué estado se encuentra mi pobre corazón enfermo. ¡Oh! cuántas veces, María, tú me has mostrado

tu gran dolor, tu mártir y santo paso por este mísero valle de lágrimas. ¡Cuán pequeña me encuentro para comprenderte!

Tú me dices: ¿dónde están los pesares ante los cuales sientes desmayar tu enerjía? Mira los mios, el dolor de los dolores, el pesar de los pesares ¿has perdido un hijo adorado? ¿lo has visto igniominiosamente morir? Las espinas de su frente, los clavos de sus manos y de sus pies, la herida sangrienta y profunda de su costado ¿han traspasado tu corazon con agudas espadas?

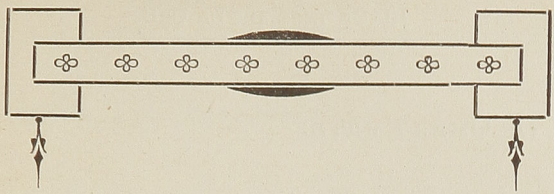
Madre santa, Vírjen misericordiosa y buena, tu dolor es sin igual, tu pena inmensa; más, la tuya es divina y tu eres santa inmaculada y mi dolor es humano y sin humano consuelo. La fé en las criaturas la he perdido; solo vive en mí tu amor divino y a él me acojo para no resbalar por la difícil pendiente llena de espinas, donde mis pobres y cansados pies caminan.

Madre santa, Vírjen misericordiosa y bue-

na, desde tu trono de luz de caridad y de amor infinito en que estas, mira a esta débil criatura y compadécete de ella...

FIN.

Noticia Bibliográfica



Entre otros, estractamos a continuación algunos juicios críticos de los muchos que ha merecido el libro «*Lo que me dijo el silencio*», de Juana Inés de la Cruz—poesías —publicados—en casi todos los periódicos y revistas literarias de la capital y de provincia, aparte de otros particulares o privados, bastante interesantes, que no sería posible ni habría para qué intercalarlos en esta lijera anotación.

H. Fernandez, editor.

De Omer Emeth:

.....Sería muy difícil para nosotros dar exactamente con los lectores para quienes este libro fué escrito.—En realidad quiere su autora que lo lean aquellos cuya alma ménos apasionada de literatura que de verdad, es capaz de penetrar el secreto de su alma enferma de belleza y de hastío. ¿Serán muchos? No me atreveré a contestar afirmativamente, pues la poesía, para encantar a la muchedumbre, ha de ser menos íntima y más bullanguera.—Pero en punto a lectores, más importa la calidad que la cantidad, y esperó que, entre los pocos capaces de amoldarse a poesía tan personal y peculiar, encontrará Juana Ines de la Cruz, fervorosos admiradores.

.....

El presente libro puede con justicia decirse que es el más sinceramente poético publicado en estos últimos tiempos.

De Rafael Maluenda.

.....Este libro de Juana Ines de la Cruz, es un libro de mujer: un extraño libro de mujer. Porque respira una femenina sinceridad, una femenina amargura, una turbadora desolación.

.....

El talento de la autora ha sabido respetar su sentimiento; de aquí acaso que no haya querido deformar sus emociones vaciándolas en moldes que le hubieran reclamado construcciones artificiosas para su pensar. La forma poética es secundaria.

.....

Si me propusiera ir comentando las estrofas de Juana Ines, habría de acopiar sobradas notas marjinales; porque esta niña tiene el poder de las sujerencias que abren dilatados horizontes de ensueño a las almas imajinativas.—Este libro de Juana Ines de la Cruz es un hermoso libro de mujer.

De Felix Nieto del Rio.

.....Estamos en presencia de una mujer de talento y de un talento especial, no moldeado por la imitación ni por el atormentado afán de orijinalidad que persigue a tantos poetas americanos. Juana Ines de la Cruz, a los veinte años, si es que los tiene, sin pretensión alguna, y solo dejándose llevar por el raudal enorme de sentimentalismo que emana de sus meditaciones, escribe en verso todas las sutiles ansiedades de un prematuro desengaño. No hay en ella arranques de artificio, ni aposturas trajicas, ni gritos de escenario; nada de esa utilería que las almas pobres de recursos interiores emplean para exteriorizar enfermizas vaguedades.

.....

Pocas veces un libro de nuestra tierra iteraria había sido un fruto tan espontáneo

como este. La nueva hermana de los poetas, Juana Ines de la Cruz, se gana sin darse cuenta un sitio de honor entre sus hermanos de arte.

De Antonio Borquez Solar

....Lo he leido con la mayor complacencia y he experimentado al leerlo, un hondo y puro placer artístico. Su libro es la revelación de una alma delicada y sufriente, de una alma selecta y de excepción.

Veo en esta primicia de su ingenio feliz, la anunciación de una obra posterior que será gloria de Ud. misma, de su nación y de su raza.

De Jorge Hübner Bezanilla

..... Al escribir abandonada a la languidez febril de la poesía, acaso la autora no mira hasta donde van a dar las

flechas agudas de sus versos. Pero se mira ella. Y es en la propia auscultación entre los que tienen verdadero temperamento, y estos son los únicos que pueden hacer esto, donde se encuentra la estrofa en que los extraños, dolorosos y extraviados en la vida, pueden encontrar ritmo de corazón.

.....

La necesidad de verterse la ha hecho escribir, con una valentía de pensamiento que no ha tenido en Chile mujer alguna. Es maravilla que solo el sentimiento ponga en labios de una niña de 20 años unos versos tan hondos, tan verdaderos, tan dolorosos.

De Januario Espinosa

.....«Lo que me dijo el silencio» es toda una revelación. Los versos son, en su mayoría, amorosos: es el tema inmediato para toda mujer sincera. Ha compren-

dido la escritora que le bastaba ser sincera consigo misma para que los demás la comprendieran y sintieran como ella.

.....

Si este libro renueva nuestros íntimos sentimientos y hunde nuestro espíritu en el ensueño es porque se trata de un libro que sale de lo corriente y de lo vulgar. Juana Ines de la Cruz hace buenos versos y sus versos son realmente «versos de mujer», y este es el mayor elojio que puede hacérsele.

DE SAMUEL LILLO

.....Al terminar este sentido y apasionado libro, creí estar ante un extraño laud trovadorezco, pulsado por unas blancas manos de mujer. Largo tiempo quedaron resonando en mi interior las dulces cantinelas de la jentil poetisa, que se oculta bajo el nombre de Juana Ines de la Cruz.

De Claudio de Alas.

..... He leído con todos mis sentidos las rimas *art-noveau*, de esta santa que, sin ser la mejicana que un día muy lejano, aromó el monasterio con sacra mirra de leyenda, vale tanto como ella, ya que su corazón es nido de palomas de amor, como lo fué el de la mona misteriosa... Tras cada estrofa de esta niña buena y jentilísima un pensamiento ha cantado en mi corazón.

.....

El libro de Juana es puro, es doliente, es triste y es, ante todo, enfermo en todo su blancor de una temblorosa orfandad de cosas inconfesadas y bellas...Sus manos de veinte años—que como las mías se ha de comer la tierra—al escribirlo no pensaron que ha de perdurar en la tiniebla del tiemplo, porque es un libro escrito con sinceri-

dad y con amor, porque es místico, tal como un *Aleluya* elevado por un anciano cura en una iglesia milenaria, cuyos altares estuvieran perfumados por castas azucenas de los montes.

.....

Siempre tuve un amable desdén por todas las mujeres que escriben. (Perdón, señoras!).....

El cansancio de lo banal, me ha hecho suponer que ninguna de vosotras tenia alma...

Bellas muñecas semi-pensantes y, nada mas!

Pero de cuando en cuando, nuestra mentalidad y nuestro corazón, se sienten sorprendidos por extrañas voces. Por eso digo ahora que hay mujeres que tienen alma.

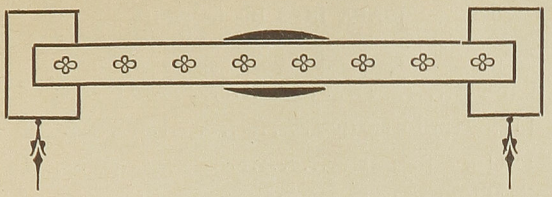
Un libro escrito por una mujer, siempre me ha producido la rara impresión de un abanico pintado por un titan.

Y me he reído...

El libro de Ines de la Cruz tiene un privilejio: tornarnos serios.

....

FIN



INDICE

	Páj.
Prólogo	7
Dedicatoria	5
Horas de sol	19
La frivolidad de las palabras	27
A media voz	35
Sed de ideal	41

Charla..... 47
Demasiado tarde..... 57
Ultima plegaria..... 63
El Tiempo y la Primavera..... 71
La muerte de las rosas..... 77
Y quedaron abiertos..... 83
Los hijos del dolor..... 89
Lago sereno..... 97
En el saloncito azul..... 103
Tributo a la envidia..... 111
Dos cerebros..... 117
El Amor y el Olvido..... 123
Azul claro..... 127
Plegaria..... 133
Noticia bibliografica..... 139

BLIOTECA NACIONAL
IBLIOTECA AMERICANA
"JOSÈ TORIBIO MEDINA"

◇ ◇ ◇

BIBLIOTECA NACIONAL
392840